

que fácilmente creerán ustedes que yo me libraría bien de meterme en un empeño, cuyo arrepentimiento necesariamente habia de comenzar en el primer instante de contraído, y solamente habia de acabarse con la vida; pero la pobre vieja viéndose destituida de todas esperanzas, devorada del dolor, y aun de la rabia que concibió por tan terrible desaire, murió dentro de pocos días, con su muerte quedámos dueños absolutos de el Mausoleo que estais viendo sin otra compañía que la nuestra, y la de el perro que habia sido nuestro conductor. Pero aun esta pobre bestia, décimo y ultimo descendiente de una cria de su especie, transportada á la Isla, por el arquitecto que dirigió la obra del Sepulcro, al cabo de un año nos dexó, y todo este tiempo hemos vivido tránquilamente sin otra ansia que la de ver arribar á esta costa alguna embarcacion de Christianos que navegásen á Europa, para poder restituíros estas dulces, y amables prendas de vuestra noble y virtuosa Consorte. Cada día subíamos á las mas empinadas montañas de la Isla para hacer el descubrimiento de lo que tanto deseábamos; pero solamente hoy con grande admiración y gozo nuestro hemos visto renacer, y aun damos ya por cumplidas nuestras esperanzas. Así habló el Renegado, y viendo Don Manrique que habia cesado ya el motivo de pasar á Argel, determinó quedarse en la Isla con su querida prole, pactando con el Capitan Ingles, que á su regreso del Africa, pasaria por aquí, para tomarle á él y á nosotros á bordo, y conducirnos todos á Cadiz.

CAPITULO XVI.

Desembarca en la Isla desierta un no esperado y muy festivo equipage. Embarcase para Cadiz D. Manrique con sus hijos, y juntamente Scipion. Curiosos razonamientos que hicieron en el viage hasta que tomaron tierra en aquel Puerto.

Pero nunca llegó el dichoso dia tan ansiosamente suspirado por nosotros, y vanamente hubiera yo deseado encontrar á mi amo Gil Blas, si un dia, despues de diez años que nos hallábamos en aquella miserable parte separada á larga distancia del resto de todo el mundo, no hubiera arribado improvisamente á la playa, por la misma causa que á nosotros nos habia arrojado á ella, un barco Español que conducia un muy curioso equipage. Componíase todo él de Músicos, Comediantes, Baylarines y Charlatanes de uno y otro sexó, que la Corte de España habia hecho conducir de Italia, para diversion del Carnaval en la Villa de Madrid, con ocasion del matrimonio del Rey. Todas estas alegrísimas personas saltaron en tierra muy maltratadas del mar, que por muchos dias las habia zarandeado con sus alborotadas olas,

pero luego que se repararon un poco de su general descomposicion, comenzaron á dar pruebas de su habilidad y profesion, cantando este en voz baxa una arieta, recitando aquel una scena, tocando el otro un instrumento, dando el de mas allá una cabriola, y haciendo un Charlatan sus arengas y sus declamaciones, de manera que toda la Isla comenzó á resonar con el confuso estrépito de tantos, y tan diferentes ejercicios. Al ruido de ellos salimos de nuestro sepulcro, y luego que nos vieron cada uno de aquellos entes extravagantes se puso á mirarnos con la mayor atencion. Nuestros desgreñados cabellos, nuestras incultas y prolongadas barbas, y nuestros afilados y consumidos semblantes, efecto natural de lo mucho que habiamos padecido. Todo este conjunto de obgetos desapacibles fue sin duda el motivo de la grande admiracion que mostraron los Istriones de Italia, pues no creo que sea pecado aplicar este nombre genérico á todos aquellos que se dedican á divertir los hombres con qualquiera especie de públicas scenas. Estos pues, quando se hartaron de mirarnos con aquel linage de espanto, viendo que al fin tenian ya algun auditorio sus pantomimicas bufonadas, reforzaron sus arietas, sus recitados, sus sonatas, sus saltos, y sus groseras charlatanerias. ¡O qué bello espectáculo para nosotros! Ver un desierto, colocado en medio del mar Africano, poblado en un instante de gente alegre, tan enemiga de toda incomodidad, como de toda melancolia. A qual-

qualquiera parte donde volviéramos los ojos, ó aplicáramos el oido, encontraban estos dos sentidos su pasto y su diversion. Aqui una cantarina muy preciada de linda, terminaba una arieta, repitiendo diez veces una misma palabra, con una especie de deliquio que hacia derretir de compasion y de gusto los mas duros corazones. Allí un capón arrogante y jactancioso daba principio á cantar otra, alargando los trinados y gorgeos mas que una calandria al principio de la primavera. Allá una comedianta remedaba á una simple con gestos, y con movimientos tanto mas ridículos, quanto mas afectados y menos naturales. En esta parte hacia uno amorosas lamentaciones sobre la crueldad de su enamorada Filis. En aquella un baylarin se guindaba en el ayre, ni mas ni menos como se guinda un ahorcado quando le aprieta el lazo el garguero. Mas allá una baylarina hacia mil violentas contorsiones con sus miembros, no tanto para mostrar su agilidad, quanto por hacer ostentacion de la perfecta simetría con que la naturaleza habia ordenado su bello cuerpo. Finalmente entre los charlatanes, uno hacia juegos de manos, otro ponderaba la maravillosa virtud de cierto secreto para curar todo género de males; éste hacia experimentos ilusorios, aquel contaba patrañas para hacer reir á los páparos.

Quando hubimos empleado, ó por mejor decir, perdido mucho tiempo en tan bellos ejercicios, los quales daban mucho gusto, y diver-

tian infinito á toda la gente moza , es decir , á los hijos de Don Manrique , todo el mundo volvió á su seriedad , y el impresario , ó llámase sino el director de toda aquella tropa , acercándose hácia Don Manrique , cuyo señoril y magestuoso semblante , aun en medio de tantos trabajos , le hacía distinguir de todos los demás , le habló de esta manera : yo , Señor , he practicado largo tiempo el ejercicio de Astrólogo , y por tanto he llegado á adivinar , que vos estais arrinconado en este infeliz desierto por un extravagante revés de vuestra adversa fortuna. Por lo demás distingo en vos , mediante la perfecta inteligencia que poseo de la fisonomía , un Señor de un carácter nobilísimo , y como toda la vida me ha llevado la inclinacion y el respeto á personas de vuestra clase , habiendo logrado el honor , acompañado con el buen gusto de tratar con muchas de ellas , me tómo la libertad de ofrecerme respetuosamente á vuestro servicio , pronto siempre á obedeceros , hasta donde alcanzaren mis fuerzas. Don Manrique , cuya mayor ansia era salir quanto antes de aquella isla , le contó toda la série de sus aventuras , y despues de darle mil gracias por sus cortesanas y atentas expresiones , le significó lo mucho que le estimaría que nos recibiese á él y á todos nosotros en su navio. Harélo con el mayor gusto , le respondió el impresario , pero quisiera ver antes ese gran sepulcro , cuya historia servirá para un divertido intermedio de alguna obra dramática entre las muchas que hemos de representar en la Corte de Madrid.

drid. Con efecto fue visitado el sepulcro , y mientras el pintor de la compañía tomó el diseño para formar una escena , el poeta de la misma hizo sus apuntamientos para componer una tragi-comedia.

Embarcámonos pues en el referido buque , y el dia siguiente se hizo á la vela con el rumbo hácia las costas de España. Divertíamos el viage con alegres discursos y festivas conversaciones. Saldria demasiado fuera de mi centro , si pretendiera referirlas todas ; mas no puedo dexar de contar una , que se me quedó muy estampada en la memoria , porque dió ocasion á una disputa de especie muy particular. Ante todas cosas es necesario saber , que cada una de las diferentes compañías que formaban nuestro equipage , tenia señalada la diferente porcion del navio que habia de ocupar. Las cantarinas estaban en el primer puesto , los comediantes en el segundo , los baylarines en el tercero , los músicos en el quarto , en el quinto los charlatanes , y despues de estos entraban en monton el poeta , el pintor , los apuntadores , y la chusma de los criados de cada tropa. Habia entablado yo alguna amistad particular con el poeta , y éste , reducido á servir á unas personas como en este tiempo suelen ser por lo común las del teatro , todavia me pareció un hombre de no vulgar ingenio , y de mas que mediano talento. Me tomé un dia la libertad de preguntarle , cómo un hombre de sus prendas hacía tanto desprecio de la profesion de poeta , que se abatiese hasta confundirse con la baxísima ga-

billa de los asalariados por los istriones. Señor, me respondió, porque me obligó la necesidad á tomar partido con esta gente, la qual llevaria muy á mal que yo pretendiese ser igual á ella, quanto mas que aspirase á la preferencia. Usted mismo está viendo aquella especie de ridícula gerarquía que observan entre sí, prefiriendo los músicos á los comediantes, éstos á los baylachines y á los charlatanes. En virtud de eso todos ellos pretenden que los poetas deben entrar en el número de sus dependientes y subalternos, por quanto nuestras composiciones sirven á sus representaciones, ya músicas, ya cómicas; y como apenas saben distinguir lo malo de lo bueno, ni lo bueno de lo mejor, muchas veces pretenden que acomodemos al gusto de cada uno aquellas partes que les señalamos en la representación. Esta expresion (dice uno) es muy fria, quando es mas viva y mas expresiva, por lo mismo que es mas natural. La otra es hinchada y *ampulosa*, siendo así que solo es seria, grave y magestuosa. Alguna dirá: *este paso amoroso es poco apasionado*; precisamente porque es mas contenido y mas modesto. Otra tratará *de demasiado conciso* un razonamiento, porque no encuentra en él loquacidad, y á otro le llamará *ascético*, porque se halla en él un rasgo de erudicion con alguna moralidad. Un verso que disuene al destemplado tímpano de su oído, se calificará de duro, y á otro se le despreciará de baxo, solo porque es fluido, inteligible y cor-

riente. De esta manera nos vemos muchas veces precisados á desfigurar nuestras composiciones con ciertos pasos exóticos, pero que se adapten, como ellos dicen, al uso del teatro. De aquí nace tambien, que se vean tan pocas óperas y comedias verdaderamente sólidas y perfectas, donde se encuentre la unidad de accion, tiempo y lugar que piden los preceptos del arte. Ello es necesario acomodarnos al gusto del tiempo, que hace el mas solemne desprecio de las reglas de Aristóteles, las quales no pueden ser mas contrarias á la reynante moda del teatro. Llámense insípidas y frias todas aquellas acciones trágicas y cómicas, donde no entran muchos incidentes extravagantes y maravillosos, solo porque son inverosímiles. Al que compone á la Griega, le hacen ridículo, y el que se aplica solo á lo verosímil, se le condena á ser tenido por un pobre ingenio, enteramente falto de fantasía y de invencion. Nos es preciso pues acomodarnos al tiempo, y puesto que gusta lo malo, aplicarnos á lo peor, con la seguridad de que será mas aplaudido un drama embrollado y lleno de enredos incomprensibles, que otro sencillo y formado de lances muy parecidos á los que están sucediendo cada dia, siendo indubitable, que por lo general logrará mayor aceptacion una representacion atestada de sucesos, que ni fueron, ni son, ni podrán ser, que una accion seria, arreglada y natural.

Asi hablaba el poeta; pero yo acostumbrado

á las composiciones que suelen estar llenas de los defectos que tanto desaprobaba, no pude entender bien quáles eran los poemas que él llamaba sérios, puros y sencillos. Roguéle que me mostrase uno de estos que tenía consigo: hizo-lo al punto, le leí, y si he de confesar la verdad, me agradó mucho, no obstante la costumbre que ya tenia de gustar de lo malo, y mi poco conocimiento en aquella materia. Era el tal poema de un estilo muy terso, pero al mismo tiempo muy puro y muy castizo, observándose en él una cierta gravedad, que no dexaba de ser naturalísima. Expresabanse noblemente los caracteres de las personas, y con la misma nobleza se conservaban en todos los varios lances de la accion, siendo todo el sugeto de ella varonil, fuerte y sério, sin mezcla de amores, ni de otras extravagancias que desmintiesen su fuerza, ó á lo menos la enervasen. En quanto á lo que se llama *agnicion, nudo y desenlace* no puedo hablar en ello; porque aunque es verdad que he aprendido estos terminos, por haberlos oído muchas veces á mi amigo Fabricio Nuñez, confieso que todavia no entiendo bien lo que significan. No obstante estoy bien persuadido á que aun estas partes principales, que dicen respeto á la qualidad de la fábula, no sería menos circunspecto, exácto y diligente el autor, que en las otras accesorias ó menos principales. Despues que hice este encomio de aquella composicion; y en medio de eso (dixo el poeta) tuvo la desgracia de

de ser despreciada por todos los señores recitantes quando se la propuse, y asi está arrinconada como Vmd. la vé, entre el farrago de otros manuscritos míos, sin que hasta ahora haya visto la luz del mundo. Malísima señal, le respondí; y en verdad que lo siento mucho, porque esos señores severísimos críticos, se acreditan de muy ignorantes, quando miran con aversion todo aquello que se acerca á lo verosimil y á lo natural. Pero hágame Vmd. el favor de mostrarme alguna de aquellas composiciones que gustan mas á esos señores míos, y que son mas celebradas en el día. No puedo servir á Vmd. (respondió el poeta) con otra que sea mas al intento, que la ópera que se ha de representar en Madrid á presencia del Rey y de toda la Corte. Diciendo esto, me puso en la mano un cartapacio manuscrito, intitulado: *el caos del Capitolio*. ¿Qué caos de mis pecados, le repliqué, puede ser ese del Capitolio? Lea Vmd. la obra, me respondió, y hallará que el título conviene perfectamente al embrollo y confusion que reyna en ella desde el principio hasta el fin; pero en todo caso en el mismo título se encuentra un no sé qué de extraordinario, que llama la atencion y excita la curiosidad de los lectores, y esto solo puede acreditarla mas que todas las reglas de Aristóteles. Volví la primera hoja, y en la segunda hallé escrito el *argumento*. Véase en él, que en una sola ópera se pretendia representar á un tiempo el sitio de Roma por los Galos, la

der-

derrota de Canas, la guerra civil de Mario y Sila, juntamente con la de Catilina, y finalmente la revolucion de la República en tiempo de Julio César. Esto en la accion principal; mas para los episodios ó intermedios habian de servir el ilustre hecho de Mucio Scévola, el de Tucia la Virgen Vestal, el de Vigilio, que mató á su hija por asegurarla el honor contra la brutal lascivia de Apio Claudio, y finalmente la accion desesperada de Lucrecia. ¡Bella diversion para el auditorio! tener el gusto de ver en tres horas de tiempo tantos sucesos como pasaron en el discurso de muchos años. Pero como todos ellos paraban en llenar de confusion á Roma, juzgó el autor, que á la tal obra le venia de molde el especioso título de: *el caos del Capitolio*. Prosi-ga Vmd. en su letura, me dixo el poeta, que todavia ha de hallar otras cosillas mucho mas donosas. Efectivamente, en la primera escena habian de salir los gansos, que con sus graznidos fueron causa de que los enemigos no se apoderasen de la famosa Peña Tarpeya. ¡Gran invencion! exclamé entónces. ¿Quién vió jamás hacer papel de actores en un drama á unos páxaros tan singulares? Esto todavia ha sido mucho mas, que introducir en la escena la caza de osos, de ciervos y de javalies. Señor poeta, esta es una invencion verdaderamente original, nunca pensada y siempre maravillosa. ¡Gran ruido meterá esta obra! Pero vamos adelante. Leí despues, que concludido un concierto armónico que ha-

bian

bían de tocar aquellos músicos volátiles, debía salir al teatro el río Tiber vestido con los ornamentos de las deidades fluviales, y habia de cantar una arieta, lamentando las grandes desgracias que amenazaban á su amada Ciudad de Roma. Volvíme entonces al Poeta y le pregunté ¿quién habia de hacer el mojado papel del Tiber? La Señora Lindaura Arpaliuti me respondió, virtuosa del Mogolistan. Vamos poco á poco, le interrumpí, y respóndame usted á dos preguntas: la primera, ¿cómo puede una muger representar con propiedad á un numen del género masculino? En eso, respondió el Poeta, no hay que reparar, porque ya está introducido, que las mugeres hagan el papel de Emperadores, de Reyes, de Generales, de Héroes, y aun de Dioses. La Señora Arpaliuti tiene una voz de perfecto contralto, que equivale al baritono, y sin duda, que lo lucirá perfectamente en esta parte. Pase enhorabuena esa costumbre, le repliqué yo, no obstante que parece un poco ofensiva al decoro del Rey de los Ríos; però respóndame usted á mi segunda duda, que ciertamente es mucho mas substancial é importante que la primera, y dígame, ¿por qué se dá el nombre de *Virtuosa* á una cantarina? No se admire usted, me respondió: ese es un título, que en Italia se dá á todos los músicos, aun quando se sabe muy bien, que la que comunmente se llama *virtud*, no es lo que por punto general conviene mas á la mayor parte de ellos. Aun no bien habia pronun-

TOMO V.

TT

cia-

ciado estas palabras, quando entró hecha una furia á turbar nuestra conversacion la Señora Lindaura, que quizá estaba escondida escuchando lo que hablabamos. ¿Qué es lo que dices temerario? me dixo, encarándose á mí como una vívora. ¿Con que la virtud no es lo que conviene mas á la mayor parte de nosotros? Mucho mas nos conviene á nosotras las Cantarinas, que á vosotros los Poetas, puesto que con las modulaciones de nuestras angélicas voces hacemos resaltar la insulsez ó la frialdad de vuestras necias palabras. Estamos en una tal posesion de ese bello título, que no se desdeñan de darnosle los mayores Príncipes de la tierra; y usted, Señor Poetilla, quiere acreditarse de un mono, que hará reirse de su simpleza á todo el mundo, quando pretende disputarnos un atributo, que tanto nos conviene. Pero yo me vengaré del agravio que nos hace, y en castigo de una injusticia tan clara, propongo desde luego no querer cantar cosa alguna que usted haya compuesto, bien segura de que lo mismo hará la Señora Melofonia Timpanelli, virtuosa del Seriffo de la Meca, la Señora Armonseta Stinfalichini, virtuosa del Preste Juan, y la Señora Melpomenini, virtuosa del Emperador del Monomotapa. Ahora mismo voy á avisarlas, y de camino hablaré al Impresario, para declararle mi voluntad, y usted perderá su pan, si el Impresario quiere que me oigan en Madrid. Con efecto iba á partir en aquel punto la envenenada muger; pero el Poeta, acostumbrado ya á tratar

con aquella casta de páxaros, sin alterarse poco ni mucho por las injurias que le habia dicho: Señora Lindaura (la dixo) sírvase Vmd. de oirme, que yo espero persuadirla, solo con que dé oidos á mi justificacion. No Señor mio, replicó ella, si usted persiste en su temeraria opinion de que nosotras no somos virtuosas, nunca conseguirá de mí que le oiga, ni por un solo momento. No por cierto, la respondí: convengo desde luego en que este bello epíteto es muy debido á las de su profesion: solo pretendo decir que quando se me escapó de la boca aquella proposicion de que *la virtud por punto general no es lo que conviene mas á la mayor parte de los músicos*, y por consiguiente no es aplicable á las Señoras Cantatrices, no pretendí hablar de la virtud musical, sino de la virtud moral. Una vez que Vmd. haya hecho esa distincion, repuso Lindaura, ya no digo mas, y quedo sosegada, mostrando con esto que no habia entendido lo que significaba aquella distincion. No obstante, poco despues que yo habia vuelto á continuar la lectura del *Caos del Capitolio* entraron en nuestro quarto todas las cantarinas, y con ellas todos los cantores, los quales hablando todos á un tiempo, volvieron á encender contra el pobre Poeta el fuego que ya se habia acabado. Un capon llamado Argentinello Cembaloni, que se habia hallado presente á la escena de Lindaura tomó la palabra por todos, y despues que se aquietó algun tanto la confusa vocinglería, dió al triste Poeta una terrible mano, diciendole que él habia enten-

dido muy bien lo que queria decir aquello de la virtud moral. ¿Qué creía usted? prosiguió: creía que era yo tan simple como la Señora, ó que no hubiese estudiado mas que la música, para no entender sus satíricas y mordaces distinciones? Pues ¿qué somos acaso las personas de teatro hombres de un moral escandaloso? ¿No nos dirá usted en qué son reprehensibles nuestras costumbres? ¿Ni quién podrá negar que se hallan en nosotros las virtudes mas sublimes, de que habló Aristóteles en su Etica, quando no es otro nuestro oficio, que inspirar horror á todos los vicios, y veneracion á la virtud en todas nuestras representaciones teatrales? Luego no somos menos virtuosos en las costumbres, que en la música, siendo asi que nuestra profesion no es otra que enseñar la moralidad. Y asi, Señor Poeta, si Vmd. no se desdice de lo que ha dicho, dése por despedido de nuestro servicio, y tenga por cierto, que tambien seguirán nuestro autorizado exemplo los señores comediantes. Asi habló el descocado Capón: con que el pobre Poeta se vió precisado á recibir la dura ley, y á conceder absolutamente y sin limitacion el bello título de virtuosas á unas personas, que no tienen otra idea de la virtud, que la que consiste en la apariencia de sus fingidas representaciones. Asi se acabó aquel pleito; y yo no quise proseguir en la lectura del *Caos ael Capitolio*, bien persuadido á que no podia menos de ser una obra muy ridícula, si lo que restaba correspondia á lo que habia leído hasta allí. Entró despues Don

Man-

Manrique á la parte de nuestra conversacion, y nos reimos bien entre todos de la presuncion y vanidad de los músicos, los cuales por su parte se daban un grande ayre de señores, figurandose personas calificadas, y acreedoras al respeto y veneracion de todo el género humano. A este tiempo avistamos desde lejos la Baía de Cadiz, y entramos en aquel Puerto despues de un mes de viage.

CAPITULO XVII.

Abjuracion del Renegado. Encuentro de Scipion con Don Abél. Embarcase para Nueva España. Conoce á Diego en este viage, y fin de la Historia del Secretario de Santillana.

Luego que saltamos en tierra se despachó un expreso á la muger de Don Manrique en Córdoba con la alegre noticia de su vuelta á España, y del afortunado recobro de sus hijos. Al mismo tiempo se la encargaba, que librase á Cadiz una buena suma de dinero para vestir á toda la familia, y suplir los gastos que necesariamente se habian de hacer en la abjuracion del Renegado, en cuya ceremonia se habia ofrecido á ser Padrino. Habíame dado á mí el mismo Don Manrique el cargo de disponer todo lo necesario, y me hallaba muy ocupado en esta comision, andando continuamen-

te